

PERSONALIDAD E IDENTIDAD HISTÓRICAS DE ESPAÑA

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio*

Cuando se peralta con exceso su proyección en el análisis del ayer, las querellas del presente contribuyen poco o nada al entendimiento del pasado. La historia española contemporánea es rica como ninguna otra en ejemplos de lo afirmado. En su transcurso fueron muy escasas las generaciones que no vieron deturada la imagen de su país por motivo de una dialéctica doctrinal y política atenta casi en exclusiva a la conquista del poder. En ciertos pueblos de Occidente y en estadios muy acotados de la propia trayectoria española, los debates intelectuales sobre el próximo y el remoto pretérito se situaron en una atmósfera en parte trascendente y más elevada que la que envolviera las controversias periodísticas y banderizas de las distintas actualidades que conformaron la contemporaneidad europea hasta el periodo de entreguerras. La irrupción de los totalitarismos tras la primera conflagración mundial, el consolidamiento de la sociedad de masas y, finalmente, el avasallamiento de la comunicación mediática arrastraron a científicos y pensadores a una absorbente presencia en los medios, casi siempre nociva a su verdadera *auctoritas*, intelectual y ética.

De esta forma, los hombres —y las mujeres...— de ciencia y pensamiento encuentran hodierno de ordinario trabada su tarea por los intereses concretos y los objetivos inmediatos de las fuerzas políticas y sociales prevalentes en la comunidad, traídos y llevados por disputas y cuestiones de corto gálibo, atendidas al más puro y duro “presentismo”. La tan florecida “Historia del tiempo presente” —un testimonio más de la decadencia del oficio intelectual en nuestros días así como de la pobreza ideológica de la postmodernidad— se ofrece como un sólido aval de las tendencias orientadas al cultivo “responsable” del pasado inmediato, cuando,

* Ponencia no expuesta oralmente.

conforme decimos, no llega ni siquiera a ser un *pis aller* de una actividad cultural y socialmente tan acreditada como fuese la historiográfica hasta la última postguerra mundial.

A causa de su inmersión *velis nolis* —más bien, lo primero...— en tan arrolladora corriente, los estudiosos e investigadores del pasado reciente español encuentran muy dificultada su tarea de terciar con fruto en la omnipresente polémica acerca de la identidad nacional. La línea de fuerza de ésta se halla marcada desde instancias políticas y culturales que buscan en las esferas intelectuales patrocinadores y cómplices en la elaboración del discurso oficial, pero jamás expertos de juicio fundamentado o, al menos, digno de solícita y respetuosa atención. La única versión enaltecida de sus gentes es la de España como nación de ciudadanos, al paso que cualquier otra definición de su carácter y personalidad resulta gravemente atentatoria contra la sensibilidad de las generaciones actuales, herederas directas de las que conquistaron, al precio de innumerables sacrificios, las libertades hoy gozadas a caño abierto, con un ejercicio y una imaginación inigualables a la fecha en la inmensa mayoría de los Estados.

El franquismo se alza, pues, así como la gran y verdadera frontera de la edad contemporánea española, al mismo tiempo que como valladar casi infranqueable para acceder al horizonte cultural e historiográfico indispensable para colocar el tema de la identidad nacional en parámetros desde donde poder auscultarlo y diseccionarlo a través de una óptica intelectual minimamente aceptable. Pues, en efecto, si no se logra desescombrar el camino que conduce a dicha meta de la masa de los elementos pasionales generados por un régimen dictatorial en sus inicios, autoritario luego y siempre antidemocrático, pero con una muy considerable adhesión social —pasiva o activa—, no se estará en condiciones de aspirar *sine ira et studio* a dibujar con alguna precisión la naturaleza del patriotismo hispano a lo largo de centenares de años y la imagen de España poseída y patrimonializada por numerosas generaciones. En manera alguna cabe abordar la indagación de su auténtica identidad —huyamos de esencias, aunque, quizá, no siempre debiera ser así...— desde presupuestos o postulados a favor o en contra —inclinación actualmente hegemónica— de una dictadura de la que muy pronto nos separará tan largo tramo como el que ella misma recorriera en los anales de la nación.

Sin lugar a dudas y con todo el respeto a que son acreedoras las víctimas del franquismo, el enquistamiento en las mencionadas posiciones viene a ser indicio de una grave patología en el seno de la colectividad nacional y un pesado obstáculo para abrir paso a un análisis de la identidad hispana a la altura de los tiempos, imprescindible, además, para la convivencia fructífera de los españoles de la segunda década del siglo XXI. No fue, ciertamente, liviana la referencia crítica y aun diabolizada de Fernando VII en los decenios centrales del ochocientos. Pero

al advenir el ciclo de la Septembrina o Sexenio democrático, las alusiones a “Tigre Khan” y su absolutismo se mostraron cada vez más espaciadas, en beneficio de la construcción de un país crecientemente democrático y “europeizado”. Otra actitud habría seguramente hecho de él, *avant la lettre*, un inmenso diván en el que psicoanalizarse... Y, realmente, aun con una inmensa conflictividad activa o —según las tesis castristas— latente —la sociedad de castas, la Inquisición, el fundamentalismo religioso—, la comunidad española en los tiempos modernos estuvo presidida más por la “normalidad” que por una fenomenología acusadamente psiquiátrica.

De ahí, que todo lo concerniente al capítulo en otro tiempo denominado de “Las dos Españas”, “La cuestión nacional” o del “Ser histórico de España” habrá de abordarse sin que el franquismo marque, más allá de lo debido, un “antes y un después”. España es un viejo pueblo, de andadura muy prolongada por los senderos de la historia, en el que grandes fechas como 1492, 1571, 1640, 1700, 1808, 1812, 1898, 1936 o 1977 son hitos o liminares, pero jamás guarismos genesíacos o puntos adánicos. Las posturas voluntaristas —nada se diga de las manipuladoras o mistificadoras—, de curso hoy legal y preponderante en muchos ambientes, carecen por entero de racionalidad y acoplo con la realidad de los hechos si se pretenden aplicar al pasado y, desde ellas, dilucidar sus enigmas y edificar un discurso oficial para uso y consumo de ciertos sectores —a las veces, sin duda importantes cualitativa y cuantitativamente— enemistados, por razones diversas, con el basado en un *continuum* multiseccular de especialistas y estudiosos profesionales.

Naturalmente, las citadas actitudes voluntaristas pueden actuar sobre el desarrollo de los acontecimientos que compondrán el próximo y más lejano avatar imaginable del más antiguo de los Estados nacionales de Europa; mas no así en punto al pretérito ya escrito —y, plausiblemente, el más cercano a la realidad de los hechos— según el guión de los hombres y mujeres que durante siglos han hecho don de su existencia al estudio ahincado y absorbente de los sucesos y procesos que configuraron el marco en que se desplegó la vida de los habitantes de la Península Ibérica y sus dos Archipiélagos “desde los tiempos más remotos”.

De esta forma, efectivamente, se intitulaban, como es bien sabido, parte de muchos de los manuales y tratados de “Historia de España” aparecidos en el discurrir de la centuria ochocentista y aun de los comienzos de la posterior. Con ello, por supuesto, se deseaba ante todo mostrar la continuidad de una colectividad nacional que tenía su cuna y arranque en los yacimientos que descubrían la huella primigenia de los primeros pobladores del solar ibérico. Leyendas y mitos de la más variada estirpe se entretajan desde los comienzos mismos de una escritura historiográfica vigente en muchos pasajes hasta las propias puertas de la contemporaneidad cara a reconstruir el pasado más distante. Desde Túbal hasta Hér-

cules y Argantonio, España fue tierra de ancestros ilustres. Con el andar del tiempo, incluso algunas de sus zonas de mayor singularidad geográfica, étnica o cultural rindieron culto a héroes y deidades propias. Es, por lo demás, lógico que el solar más occidental, el Poniente del Ecúmeno, en los bordes de la misteriosa Atlántida, suscitara en los pueblos con los que comenzó el periplo civilizador en el ámbito mediterráneo las fantasías más inembridables y diesen lugar a narraciones legendarias.

La persistencia de unos caracteres originarios en medio de los lances y eventos deparados por una historia en especial asendereada quedó más tarde como la alquitara de este fondo mítico y fabulador. Aun rechazando de plano cualquier relente etnicista o biologista de índole axiológica o aretológica, estudiosos del mayor relieve sostuvieron hasta los límites mismos de nuestra época la permanencia de unas notas diferenciadoras de la personalidad histórica nacional, distintas o, cuando menos, muy singularizadas respecto de las de otros pueblos de su entorno. Tales afirmaciones provocan en sus críticos de hodierno aceradas descalificaciones sobre sus planteamientos “esencialistas”, desprovistos de toda exactitud y tributarios de un clima romántico muy persistente en los medios ilustrados de la España postnoventayochista. Desde luego, los censores pecan aquí del mismo defecto imputado a las grandes figuras intelectuales de la etapa finisecular y posterior, al presentarse, ufanamente, como detentadores exclusivos de patentes de calidad y cualificación historiográfica. Dadas la potencia mental y la admirable erudición de casi todos los autores impugnados —Menéndez Pidal, Ortega, Manuel Gómez Moreno, Madariaga, Marañón, Sánchez Albornoz, García Gómez..., es obligado suponer que, por intensa que fuese la presión ambiente o de lo que el mismo autor de *Tiberio* denominase “patriotismo del tiempo”, no sucumbieran a ella hasta el extremo de dar franquicia a tesis por entero acrílicas o de un simplismo intelectualmente sonrojante.

Sin excepción, todos manifestaron sus reservas frente a argumentos idealistas y negaron toda suerte de eviternidad y aun de eternidad en la trayectoria de los habitantes de la Península y sus dos archipiélagos; trayectoria temporal y, por ende, sometida a cambios y mudanzas. El de mayor autoridad científica quizás entre ellos y también acaso el que defendiera con mayor calor ese subsuelo ancestral, D. Ramón Menéndez Pidal, no desaprovechó ocasión alguna para sostener la índole histórica y, por tanto —insistiremos en lo obvio contra los razonables manes de Wingenstein—, circunstancial y modificable de los caracteres descritos por él e innumerables estudiosos como específicos del comportamiento de los habitantes de la Península y sus dos archipiélagos desde la antigüedad a la contemporaneidad. Si ya en su justamente célebre “Prólogo” al T. II de su *Historia de España*, publicado como *Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política*, éste había revestido en algunos de sus pasajes el tono de un verdadero Prólogo galeoto en punto al extremo indicado, en la “Introduc-

ción” a la *Historia General de las literaturas hispánicas*, dicho enfoque resulta dominante. D. Ramón se mostró muy sensible a las correcciones y aporías de su tesis, aunque sin variar su ruta: “El fijar las cualidades distintivas de una vasta producción artística tropieza con impediendo dificultad por parte de quienes niegan la existencia de cualquier carácter colectivo que se mantenga perdurable a través de los tiempos (...) Y esos elementos psíquicos comunes, aunque dependen siempre de actos individuales, son de elaboración colectiva y tradicional. No podemos quedarnos satisfechos con negar la existencia de un alma colectiva, afirmando el origen individual de toda producción de la mente, cosa de plena evidencia; hay que pasar más allá, a considerar la enorme coacción que sobre el individualismo ejercen las ideas y sentimientos de sus coetáneos, y más aún, de sus antepasados. El pensamiento del hombre, más original, más inventivo, debe un ochenta por ciento a esa fuerza vinculatoria externa a él, cuya formación colectiva y de mayorías se muestra sobre todo en el hecho observado de que frecuentemente las principales líneas directivas de una corriente dada fueron trazadas, no por los espíritus más eminentes, sino por los de segundo y tercer orden (...) Obedecen (los caracteres nacionales) en parte a las aptitudes predominantes en la colectividad, y en parte a las circunstancias históricas, cosas ambas mudables con la sucesión de los tiempos; pero no obstante debemos admitir la continuidad de algunas modalidades psíquicas muy generales que prolongan su fuerza tradicional determinando una mayoría de actos semejantes a pesar de los cambios ocurridos en la composición racial de la colectividad y en las circunstancias concurrentes (...) el sustrato celtibérico, junto con la colonización romana, constituyen la base étnica y tradicional inconmovible (de España) (...) concluimos que un carácter perdurable en la literatura no supone ningún determinismo somático, fatalmente inmutable; responde a dos causas: propensión racial, mejor dicho étnica, e imitación cultural de los coterráneos, tanto próximos como antepasados, causas ambas que pueden en todo momento ser contrarrestadas, suspendidas o alteradas”. (Pp. XV-XVI y XVIII-XIX).

Cita, qué duda cabe, extensa e infractora de las buenas normas de las antiguas y acogedoras propedéuticas, pero impuesta a la par por la trascendencia del asunto y la deuda impagable que —sin canonizar, por supuesto, ninguna formulación en el terreno de las disciplinas humanísticas— los estudiosos de los grandes lineamientos de nuestro pasado tienen —y tendrán, probablemente— contraída con el que fuese el principal teorizador del nacionalismo español del siglo XX. En sus rasgos más peraltados, la noción de la identidad hispana debida a su pluma continúa vigente, sin que cualquier aproximación al enrevesado tema pueda prescindir de sus asertos con el expeditivo argumento de “esencialidades” trasnochadas. El que el sistema de valores, las ideas y creencias de los españoles en el umbral del III Milenio hayan experimentado un giro casi copernicano con relación a los que dieron sustancia a la obra y vida del egregio patriarca de la Filología hispánica, abriéndose el portillo a una cruzada iconoclasta contra la mentalidad imperante en su época y en su inabarcable producción, en nada justifica, conforme a

elementales principios de rigor intelectual, el completo desahucio, si no escarnio, de que su planteamiento de la construcción nacional española es objeto en el tiempo presente.

El hilo conductor que de la protohistoria desemboca en éste puede reconstruirse, globalmente, con la visión y materiales proporcionados por la obra menendezpidaliana. En un proceso rezumante de hibridismo, pluralidad y contraste se decantaron unas líneas de fuerza que, en el curso caótico de los acontecimientos, conformaron en los pueblos de la Península una trayectoria, como ya se recordara, de singular especificidad. En la pujante savia primitiva, la romanización y el cristianismo lograron instilar poderosamente los elementos culturales y religiosos de una civilización en la que el aporte político de los godos —una conciencia unitaria— se manifestó esencial para su total vertebración. Los *Laudes* isidorianos pusieron, en efecto, de relieve el hondo sentimiento de pertenencia identitaria de las elites visigodas, sobre todo, tras la conversión de Recaredo, en el 587. En una actualidad remecida insistente y, a las veces, alhacariamente por las disputas entre catolicismo y extensos sectores de la sociedad civil acerca de la dimensión que el primero ha de tener en un sistema aconfesional, implica sin duda esfuerzo imaginar el régimen de cristiandad total legado por el III Concilio toledano como el ideal al que debía conformarse la conducta de gobernantes y gobernados. Partidarios y enemigos del curso que dicha unión imprimió al pasado nacional, se muestran contestes, sin embargo, en subrayar el vigor con que se tradujo en la andadura colectiva de los españoles. Bienes y males se cosecharon en medida muy desigual según la óptica de los opinantes. Pero, en todo caso, fueron determinantes para modelar la historia española. Todos los nacionalismos contemporáneos importantes —el llamado hodierno “españolista” así como, en mayor medida si cabe, el catalán y el vasco— estimaron como eje vertebrador de su existencia el carácter católico de su ideario. Matices y distingos —sólo presentes, en verdad, en ciertas versiones del primero— no desdibujaron nunca dicha nota, primigenia y definidora. Al margen de sus creencias íntimas, todas las personalidades de la vida intelectual española de la última centuria más arriba señalados —en su gran mayoría de simpatías liberales y progresistas— forman un bloque granítico a la hora de sostener el peso decisivo del catolicismo en el proceso de la construcción nacional. A lo largo de casi cien años, entre 1898 y *circa* 1970, en la etapa de mayor elaboración intelectual del fenómeno nacionalista, realizada en las situaciones políticas más contrastadas, ninguna escuela historiográfica y doctrinaria de entidad negó el ascendiente superior de la religión tradicional de los españoles en la articulación de su dilatada convivencia.

El fuerte “goticismo” de D. Ramón Menéndez Pidal y de sus muchos discípulos y seguidores en el campo de la literatura e historia hispanas no se referirá tan sólo a la indeleble huella y nostalgia que su monarquía peninsular dejase durante la Edad Media en los reinos en lucha contra los musulmanes, sino también

a la identidad entre comunidad política y religiosa surgida igualmente en dicho periodo. El propósito de resuelta, insobornable voluntad restauradora de la monarquía visigoda que alentó en los distintos reinos peninsulares protagonistas de la Reconquista, encontró en la defensa de la fe católica su acicate decisivo y unificador. Cronistas eclesiásticos y áulicos —en muchas ocasiones los mismos— se encargaron de testimoniarlo con claridad.

Que de aquí surgiría, de su lado, por vez primera el sentimiento de una patria española común a todos los territorios enfrentados con el Islam en el solar hispano, no puede caber duda a los lectores de un Menéndez Pidal, pedisecuo y aéreo eslabón en tal extremo de una larga cadena de autores. A vueltas de encoñadas controversias con sus colegas historiadores del muy benemérito Centro de Estudios Históricos, dirigido por D. Ramón desde su creación en 1910 hasta su extinción en 1936, D. Américo Castro formuló, según es harto sabido, en páginas restallantes de emotividad y fuerza el nacimiento de lo español como resultado, en la bisagra entre la Alta Edad Media y la Baja, de la contienda y tensionada relación de las tres religiones monoteístas en el solar ibérico. Sin precedentes —consideraría siempre que datar la existencia de una identidad española antes del II Milenio equivalía a una aberración intelectual y científica— y con préstamos e interconexiones entre “judíos, moros y cristianos” muy criticados a veces por los profesionales de Clío, el autor de *España en su Historia* mantendría con insuperable garra dialéctica la aparición del concepto de lo español propiamente dicho en las fechas acabadas de referir.

Distanciados de una polémica que fue mucho menos estéril y “esencialista” de lo afirmado con tenacidad desde ha unos decenios por plumas intonsas o apresuradas, es lo cierto que la idea de España como patria cultural y política de los integrantes de las coronas castellano-leonesa y catalano-aragonesa y aún, en ese mismo siglo XIII, de la lusitana —bien que de menor relieve quizá—, se ofrece muy viva en la documentación regia y en las fuentes literarias. Desde luego, ningún anacronismo ha de hacer acto de presencia en la glosa bajomedieval del término y noción de lo español, como en ocasiones ocurre por la dificultad en abordar la parcela más delicuescente de un tema a su vez poco propicio al escalpelo del historiador y aun al de todos los estudiosos. Habría que esperar a las auras renacentistas e incluso, antes, a las del otoño medieval para que escritores e intelectuales destacados —por ejemplo, el segoviano Sánchez Arévalo y el gerundense Pedro Margarit hablen a una y otra orilla del Ebro de una España “en creciente de Imperio”— dieran a luz textos de índole historiográfica y filosófica, en los que el concepto de identidad nacional referida a aquélla adquiriera rasgos más precisos de representación comunitaria y simbología de un poder englobador de las dos coronas que, en el alba de los tiempos modernos, rematan la empresa reconquistadora.

El encaje de las piezas de la arquitectura del primer Estado-nación supondrá una labor de taracea. La superioridad castellana es a la fecha abrumadora. Hombres, producción y territorio no admiten comparación cuantitativa con el aporte catalano-aragonés en el momento en que se descubre América. Pero durante mucho tiempo la nueva monarquía se proyectará exteriormente de acuerdo con los intereses y la tradición de la corona de Aragón. El “otro”, el enemigo de la España troquelada paciente y sagazmente por los Reyes Católicos es, en el caso musulmán, un adversario compartido; pero el antagonista en el continente es el francés, en pugna áspera a lo largo de todo el cuatrocientos con los Trastamaras aragoneses por el dominio de Italia. La dialéctica internacional española, vector básico de un poder fuerte y expansivo, descansará así por espacio de más de un siglo en la confrontación con París por el control de la península itálica; e, incluso, por más de una razón, no sería demasiado exagerado afirmar que sus ecos epigonales no dejaron de influir en la ominosa invasión napoleónica de 1808...

Claro es, por supuesto, que la acción exterior de la primera potencia mundial en el quinientos y buena parte de la centuria siguiente habría de jugarse en un damero más amplio y contener más peones que los heredados de una de sus corrientes fundacionales. Pero ésta siempre fue atendida con especial cuidado, y, cuando los derroteros y compromisos asumidos por el estatus imperial recaído sobre la dinastía de los Austrias desembocaron en callejones sin salida o realidades incontrolables, la nostalgia catalano-aragonesa —Europa, el Mediterráneo— resurgiría una y otra vez. Como también el recuerdo de Fernando el Católico, nimbado con todos los atributos del perfecto gobernante. Evidentemente, el gran rey tuvo como escoliastas y admiradores a autores vinculados más —Gracián— o menos —Maquiavelo— con la monarquía aragonesa, sin embargo no por ello su memoria y gratitud dejaron de sentirse con fuerza en Castilla y del lado de los soberanos especialmente significados por su identificación con ella, a la manera de Felipe II, el rey de las “alteraciones aragonesas” y la ejecución de Lanuza, pero también el del más escrupuloso y sentido respeto a los fueros de esta corona y de sus territorios italianos —Sicilia, Nápoles, Cerdeña—. Dinámica y juego, pues, muy complejos ante el objetivo esencial de mantener el equilibrio arduo e inestable sobre el que se alzó el edificio de la España plural, construida por los Reyes Católicos sobre los cimientos del pactismo y, a las veces, de los valores convenidos, de los acuerdos tácitos, pero jamás explicitados so peligro de crisis y astillamiento. Tanto “El Solitario de El Escorial” como el sucesor que más se le asemejara en sensibilidad y gustos artísticos aunque no en carácter, Felipe IV, poseyeron una viva conciencia de las responsabilidades de una monarquía gobernada en su realidad cotidiana por un sistema polisindial muy inclinado a respetar “las reglas del juego”, a menudo no escritas. Posiblemente, “La Unión de Armas” del Conde-Duque fuese indispensable precisamente para luchar con esperanza de éxito contra una Francia y un Papado aprestados a expulsar de Italia a sus dueños desde un siglo atrás. Mas, con mayor certeza, cabe pensar que, en la arriesgada operación, faltó

justamente *finezza*, más pesarosa aún en un romano andaluzado como el valido del penúltimo de los Austrias.

Pese a torpezas y traspíes en algunas de sus actuaciones en el Principado, la España imperial, amasada en su dimensión interna en la vivencia del legado de la historia y la fidelidad a los pactos y compromisos, gozaría de hondas simpatías en la elite catalana que contribuyera poderosamente, en el Cádiz de las Cortes, a la botadura de la España liberal. Uno de sus integrantes más afamados en la época y hoy más injustamente olvidado a causa de su desencaje en el discurso historiográfico prevalente en el contemporaneísmo hispano desde ha medio siglo, así como por la ardidada defensa hecha de su pensamiento por la escuela tradicionalista, Antoni María Capmany y Montpalau, sería el autor de uno de los opúsculos más difundidos e impactantes en la *selva selvaggia* de la folletería antinapoleónica: *Centinela ante los franceses*. Como se recordará, este descendiente de una linajuda familia ampurdanesa ajustaba cuentas en sus páginas así como en muchas otras de su vasta y original bibliografía con la nación que consideraba como la principal torcedora del “natural” destino de los pueblos de Iberia y su idiosincrasia más intransferible. En igual surco, otra de las figuras más descollantes de la representación catalana en el parlamento gaditano, el canciller de la Universidad de Cervera, D. Ramón Lázaro Dou, cantó epiniciamente en él, a propósito del diseño hipercentralista y jacobino del nuevo mapa jurídico-territorial del país, las glorias de la vieja España y del antiguo Principado “que debe no sólo conservar sus privilegios y fueros actuales, sino también recobrar los que disfrutó en el tiempo en que ocupó el trono español la augusta casa de Austria, puesto que los incalculables sacrificios que, en defensa de la nación española, está haciendo, la constituyen bien digno de recobrar sus prerrogativas perdidas...”. Y un postrer eco —¿por el momento?— de la nostalgia catalana del *beau vieux temps* de la España federal y pactista de los Austrias se ha escuchado en días recientes en los briosos pronunciamientos a favor del modelo de país defendido por el Archiduque Carlos frente al borbónico de Felipe, “El Animoso”, expresados por un político e intelectual gerundense de amplia audiencia en los medios culturales de la nación antes de ser víctima de un execrable atentado terrorista: Ernest Lluch.

Ensoñaciones y nostalgias aparte, resulta comprensible que, en horas de acezante búsqueda de fórmulas novedosas del reparto y distribución de poderes en una mediática y políticamente contestada España de las Autonomías, despierte acentuada filia la convivencia arquitrabada por los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores. Como escribiera, en vísperas de la primera y significativa crisis de su delicado y complejo entramado, uno de los más grandes escritores y envidiable conocedor de la textura más profunda de la identidad hispana, el jesuita aragonés Baltasar Gracián: “La monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así

mucha para unir". La historia lanza sobre el presente —cualquier presente— sus mensajes que no son, obviamente, de obligatoria aceptación, pero sí, y siempre, de recomendable atención.

Ciertamente, la buena impresión merecida por el periodo de los Austrias en los diputados de Cataluña en la Asamblea doceañista venía avalada con muchos títulos por la Historia. Los Siglos de Oro fueron, sin duda, tiempos áureos, de esplendor y auge de gran número de las facetas de la llamada más tarde, en días de frenesí palingenésico, alma española. Espoleada por desafíos y envites de inmenso calado —lucha en todos los frentes de Europa: franceses, turcos y protestantes, descubrimiento americano, erección de una nueva sociedad...—, la cultura nacional ensanchó de modo asombroso su vena creativa, dando lugar a obras de cincelada perfección en múltiples campos del arte, la literatura y el pensamiento. Pertrechado de conocimientos y saberes sobre aquel estadio del pasado hispano, uno de nuestros últimos humanistas, el vallisoletano Julián Marías Aguilera, pudo titular uno de sus numerosos libros *Cervantes, clave de España*. Igual podría decirse —sin desgranar rosarios de nacionalismos más o menos hiperbólicos o repasar lecciones cansinamente aprendidas en las buenas escuelas y colegios de ha sesenta años— de Garcilaso, Quevedo, Lope, Góngora, Velázquez y Alonso Cano, así como de un abastado plantel de figuras estelares, al modo de Mateo Alemán, Calderón, Tomás de Morales, Juan de Herrera o, entre un centenar largo más, el Greco y Murillo. Su contribución a la civilización europea se mostraría de primer orden. Y afianzó el lugar de España entre las tres o cuatro culturas más importantes censadas en el registro de la aventura humana. Dios, desde luego, aunque otra cosa llegase a pensar el hispanizado Carlos de Gante o César Carlos, no hablaba en castellano ni en ninguna otra lengua del solar ibérico; pero la mística y la teología de la España de Trento y del *Cántico espiritual* alcanzaron elevadas cotas de la experiencia religiosa, al mismo tiempo que las Leyes de Indias y la Escuela de Salamanca descubrían el admirable espíritu de solidaridad y las cimas rebasadas por el Derecho como disciplina intelectual y praxis y vivencia cotidianas en un pueblo penetrado todo él por el afán de equidad y la noción del prójimo.

Sentido de la justicia y de la ajeneidad, por otro lado, compatible con un comportamiento hípido —*iberus dur*, sentenció Lucano en su asombrosa, por la edad del autor y la perfección, *Farsalia*— y hasta cruel en batallas sostenidas en los cuatro puntos cardinales —Trípoli, Lepanto, Mulberg, el Anahuac o los Andes—. La obra, sin duda, más lograda de su presencia en el escenario mundial, el descubrimiento y colonización americanos, lo evidenció con patencia. Empresa consumada por gentes broncas y belicosas atraídas por el oro y el poder, nunca perdió de vista ni se desnortó en la asunción del "otro" y la absoluta aceptación de la igualdad de los hombres. Quinientos años más tarde, sus luces y sombras provocan aún pasiones encontradas dentro y fuera de España, proyectadas sobre un horizonte en el que la condición humana dio, en grado máximo, lo mejor y lo peor de sí.

Como en todos los liderazgos de porte internacional, el de la España de los Austrias se fundamentó en una veta creadora que no manó ni discurrió únicamente por los senderos de las ideas filosóficas y el quehacer de artistas y literatos. Desde el terreno administrativo hasta el militar, fueron muy escasas las parcelas de la trayectoria hispana en la centuria decimosexta y primera mitad de la siguiente en que no brotaron fuentes de energía y renovación. Hubo, indudablemente, un modo de vida español reflejado en todos los planos de la sociedad y exportado con gran éxito a otros reinos del viejo continente, que acogieron durante largo tiempo las modas y hábitos de la Monarquía Católica como dechados de imitación en las artes de gobierno así como en las suntuarias y en las de la conversación y “buenas maneras”.

Todo imperio tiene, sin embargo, su talón o talones de Aquiles. El principal de los que se vio aquejado el del César Carlos y sus sucesores estribó en el despliegue y desarrollo de la economía. A la hora de la organización adecuada de la estructura material de una monarquía extendida por todo el planeta y sin haber conseguido nunca el completo dominio de los mares, se echó muy en falta el papel que hubiera jugado en ella una minoría tan cualificada en los menesteres de financiación e inversión como la judía. Expulsados sus integrantes en el verano de 1492 por exigencias de una confesionalidad que, en la aurora del sistema capitalista y el renacimiento, semejava estar desfasada con la evolución de los principales Estados europeos, su déficit en la hacienda y la burocracia de los Austrias se agravó una centuria posterior con el extrañamiento de otra minoría muy distinguida e insustituible en las labores del agro mediterráneo y andaluz: la morisca. Más comprensible desde el punto de vista de la razón de estado por su evidente peligro de quintacolumnismo de un poder otomano recrecido a comienzos del XVII, no por ello dejó de afectar a una fibra muy sensible de la economía hispana a punto de despeñarse irreversiblemente por la decadencia de la “centuria de la crisis”. Una y otra expatriación —pues patria era España (*Sefarad*) para ambos pueblos, como expresara, de su lado, el morisco de *El Quijote*— pusieron, en definitiva, al descubierto, en el comienzo y final de un ciclo histórico, los limitantes de la hegemonía mundial de un país carente de los recursos necesarios para mantener una extenuante lucha contra adversarios sin fin. El oro y la plata americanos hicieron, incuestionablemente, milagros; y los tesoros de la Flota de Indias prolongaron en diversas coyunturas el titánico esfuerzo de un coloso con pies de barro, al borde mismo de la expiración. La Monarquía Católica sirvió, por seguro, de campo de experimentación y banco de prueba del capitalismo naciente y de la marcha de las restantes coronas europeas con ambiciones exteriores, sirviendo de espejo y ejemplo negativos al curso de sus aspiraciones expansionistas. Sin estrategia ni equipos idóneos e impotentes, por último, los caudales indianos para sufragar el coste de un liderazgo cada vez más contestado, el colapso llegó a mediados del seiscientos a una España abandonada de todos menos de su misonéismo. Espada e instrumento de los planes de la Providencia, sus batallas habían sido las de Dios, a quien correspondía en exclusividad “todo honor y toda gloria”...

Al socaire primordialmente del éxito novelístico y cinematográfico de las aventuras de un capitán de los Tercios de Flandes narradas por un notorio periodista de envidiable poder descriptivo, en el despegue de la actual centuria se ha producido en el gran público un *revival* de la España de los Austrias Menores, desprovisto, por desgracia, de la cobertura historiográfica de alto nivel divulgativo necesaria para afianzar sobre un firme basamento intelectual dicho reclamo, condenado quizá de otro modo a ser mera flor de un día. Por lo demás, el empecinado masoquismo e hipercriticismo de la obra del publicista en cuestión, ofreciendo en numerosas ocasiones una imagen teratológica de los decenios inaugurales del XVII, han echado a perder por enésima vez la oportunidad de una auténtica socialización del análisis del proceso de construcción nacional en un estadio de innegable trascendencia. En efecto: pocos o muy pocos trazos esenciales del conocimiento desprendido del detenido estudio de la España imperial se indagan y proyectan en la, por otra parte, vívida reconstrucción llevada a cabo por el referido autor, a causa sobre todo de sus acusados prejuicios y fobias, fundamentalmente de índole religiosa.

Y cuenta, desde luego, que, a partir de cualquier mirador o ángulo a través del cual se observe la carrera de España por el principal escenario de su historia, los elementos de tal naturaleza son, a gran distancia, los de mayor relieve y peralte. Nada se explica y todo se añasca sin la continua alusión a su influjo y ascendiente. En pos de su padre y un ancho y dilatado surco, como ya recordábamos, el verdadero arquitecto de la monarquía universal hispánica, Felipe II, así lo entendió; y conforme a ello implementó, con aplauso popular —la Inquisición, sí, contó con el apoyo de las masas...—, toda la arquitectura de su grandioso proyecto político. En su prosecución, la porción de su reino que quizá más sintonizó con él, su Castilla natal, quedó literalmente postrada al final de su largo reinado, pero, pese a la versión cervantina en contrario, sin desmayar en su concurso a una empresa ya con más pasado que porvenir.

El *feeling* o empatía entre “El Rey Prudente” y la inmensa mayoría de sus súbditos peninsulares no provino exclusivamente del factor religioso y se generó también en otros aspectos de su actuación pública, en particular, en la abnegada y, en general, exitosa entrega a sus deberes gobernantes, asumidos con responsabilidad extrema. Llama, sin duda, al efecto, la atención el alto grado de rendimiento de que dio, globalmente, muestras una mastodónica pero, siempre bien engrasada maquinaria burocrática, dotada, además, de una infrecuente capacidad de respuesta al surtidor incesante de crisis y tesituras peliagudas de toda suerte planteadas a la geografía del poder más dilatado conocido hasta entonces por la historia. Es cierto, empero, según nos recuerda el sabio canónigo conquense, el toledano D. Sebastián de Cobarrubias en su impagable *Tesoro de las letras castellanas*, que, como se dijera en la Atenas de Pericles, los coetáneos hablaban de los “socorros de España” a manera de ejemplo de tardanza y lentitud en remediar catástrofes y deficiencias.

Mas, a pesar de desaciertos y rutinas, en cada momento vigilada y estimulada mediante su ardido ejemplo personal por el mismo soberano —“El Rey Papelero”, del gran hispanista Pierre Vilar—, la Administración española en todos sus escalones, y, muy primordialmente, en los superiores, hizo realidad el funcionamiento de un verdadero Estado-nación, cuyo pilar básico, una burocracia diligente y capaz, tuvo en la hispánica un refrendo de altos quilates. ¿Cómo explicar, si no, que, *verbi gratia*, apenas acabada con toda satisfacción para las miras del monarca la rebelión de las Alpujarras, tuviese lugar sin mayores dificultades la anexión de Portugal y su imperio y, casi sin solución de continuidad, se aprestase en Lisboa la gran flota para la “jornada de Inglaterra”, y fracasada ésta, se llevara a cabo, según el guión previsto, el aplastamiento de la revuelta aragonesa? Y todo ello, en medio de mil tareas de elevado coturno, a la manera de la lucha en el frente flamenco y la intervención en Francia de los tercios de Alejandro Farnesio; sucesos éstos últimos, según bien se sabe, acontecidos en la postrera fase del reinado filipino, cuando tal vez la maquinaria gobernante y, por descontado, un rey atenazado por la gota no eran ya los mismos de décadas atrás.

Nada tiene de extraño —lo anormal hubiera sido lo contrario— que un reinado de las características del glosado —de otro lado, aquí apenas esbozadas y groseramente seleccionadas— no supusiera un paso de gigante en el proceso de identidad y nacionalización. Por el contrario sí sorprende que, dadas sus inclinaciones humanistas y su sentido de Estado y de la simbología que ha de acompañar la andadura de todo poder, el monarca de El Escorial no manifestó interés particular por el desarrollo de una historiografía específica de sus reinos peninsulares ni aun tampoco de los territorios americanos. Pese a lo cual, guiado más por su buen gusto y afección por las bellas artes —la Historia se incluía entonces, conforme se sabe, plenamente en su ámbito...— que por consideraciones más prosaicas como, por ejemplo, la legitimidad de un poder o una dinastía a la que no prestaba atención alguna, al conocer la publicación —en latín— de la *Historiae de Rebus Hispaniae* del P. Mariana lo escuchó en sus solicitudes y quejas, aunque su pronto tránsito impidiera la materialización de la ayuda del soberano al jesuita toledano, empeñado en una formidable batalla dialéctica con sus superiores a propósito de sus buidas críticas a gran parte de las casas nobiliarias más importantes de Castilla y Aragón.

Bien que lenta en aquistarse el favor del público, la fortuna sonrió el magno esfuerzo desarrollado por una de las inteligencias más deslumbrantes y preclaras de una época rica en ellas, sobre todo, tras la publicación en castellano de su obra en la alborada del siglo XVII. Por fin los españoles, creciente e irrefrenablemente más concienciados de su identidad nacional, disponían de una Historia digna de tal nombre, escrita originariamente en un latín de prosapia ciceroniana y vertida al romance en un castellano de gálibo insuperable. Con la excepción de la ímproba tarea realizada por otro jesuita —éste catalán, el exiliado en Italia por los

decretos carlotercistas P. Masdeu—, hasta las postrimerías del ochocientos, cuando se afianzase la popularidad de la *Historia General de España* de D. Modesto Lafuente —luego continuada, desde el reinado isabelino hasta el de su hijo, por D. Juan Valera, D. Antonio Borrego y D. Antonio María Piralá—, la obra de Mariana sería el vademécum de las generaciones letradas por espacio casi de trescientos años, record quizá mundial en la vigencia cronológica de un producto historiográfico.

De ahí que toda exégesis o glosa analítica de la *Historia* del P. Mariana rara vez pueda incurrir en la inutilidad. El esquema, los grandes lineamientos vertebradores y el conjunto de la interpretación de la obra pasaron casi intactos a todo el elenco de historiadores ulteriores hasta adentrado incluso el siglo XX, sin acepción, de ordinario, de escuelas y posiciones políticas e ideológicas. El despliegue del pasado nacional como el desenvolvimiento progresivo de unos recios y nobles indígenas, idólatras de su independencia y libertad, en perpetua lucha contra invasores incesablemente renovados y expulsados; la pulsión castellanista y el trémolo religioso, planos sustanciales y núcleo duro de la visión del escritor ignaciano de la identidad patria, pasaron casi intactos a la mayor parte de sus continuadores. Proporcionó, por supuesto, amplio material a la versión menéndezpelayana del proceso de construcción nacional, bien que acemada de algunas de sus hipérbolos castellanistas; pero también nutrió *ex abundantia* a la menéndezpidaliana, aunque en su caso sin raspado alguno del énfasis y las ínfulas unitarias y centralistas. De modo que las definiciones y conceptualizaciones más importantes y divulgadas del nacionalismo español se ofrecen así ampliamente tributarias y deudoras del quehacer historiográfico de un miembro egregio de la segunda generación de la Compañía de Jesús.

Concebida y escrita en el reinado más admirado y representativo de lo español para una de las dos principales corrientes del nacionalismo acabadas de mencionar —obvio se hace aclarar que se trata de la primera, aunque tampoco la segunda renegase o se distanciara nada más que muy parcialmente de ella—, es pertinente afirmar que la obra de Mariana colocó la viga maestra al edificio identitario construido por la monarquía filipina. Una vez colocada, la estampa de la España de El Escorial y la Inquisición, la del “Rey Prudente” y “El Demonio del Mediodía”, de *Las moradas* y *La perfecta casada*, de las Casas y Vitoria, del III duque de Alba y D. Juan de Austria, San Quintín y Lepanto, quedó por siglos como emblemática para la caracterización genuina de lo hispano, pasando al imaginario colectivo como el canon de su conciencia y vivencia identitarias.

Con tal masa crítica de logros y efectivos —capital humano generado por una empresa gigantesca, la reconquista, e introducida sin descanso en otra de mayores proporciones aún, la colonización americana; vitalidad cultural; larga y contrastada experiencia gobernante de sus elites; autoestima colectiva elevada—, pensar que el proceso de construcción nacional no se encontraba ya definitivamente encauzado al término del reinado filipino se ofrece como acto muy gratuito y arbi-

trario. Los derrumbaderos y fracturas del “siglo de la crisis” no pusieron en grave peligro la conciencia que de su ser e identidad poseían a dicha altura del tiempo los españoles. La paz de Westfalia y la firmada veinte años más tarde con Portugal rubricaron, en puridad, el fin de una utopía; pues lo era la pretensión de mantener durante más de cien años, y en una Europa en la que la escisión protestante era ya una realidad incontestable, la hegemonía del proyecto de *Universitas Christiana* defendido por la Casa de Austria. Durante el calamitoso reinado de Carlos II —los revisionismos historiográficos (a la manera del acometido, en positivo, en nuestros días del periodo del último Austria) encuentran los limitantes de una imagen alzada sobre la roca viva de la síntesis vigente en la mentalidad colectiva—, el país no se escoró hacia la destrucción de sus elementos axiales; y ninguna crisis de convivencia territorial, religiosa o social alteró sus basamentos. Exponente incontrovertible de que el Estado-nación creado por los Reyes Católicos dos siglos antes, en un cruce decisivo de un extenso itinerario de costumbres, creencias y voluntades, esto es, de un sentimiento de arraigada pertenencia identitaria, se imponía por encima de turbulencias y desfallecimientos más o menos coyunturales.

Utrecht acabó con el desguace iniciado medio siglo antes. Aunque de modo reluctant, la nueva dinastía renunció a la cuna de la vieja, pero su irredentismo mediterráneo puso de manifiesto su carácter de continuadora en el plano de la personalidad e identidad nacionales. Bien que persiguiera en ello un objetivo eminentemente familiar y dinástico, Isabel de Farnesio ahincó las bases de su política italiana en la tradición de la política exterior catalano-aragonesa, suscitando un calor y entusiasmo populares difíciles de imaginar de estar al servicio de miras exclusivamente dinásticas. De otro lado, el retorno al *Mare Nostrum* por parte de la Monarquía Católica encerraba también el gran significado de la recuperación de Catalunya como agente clave de su política internacional, y aupada de nuevo al liderazgo peninsular e insular. Ciertamente, más que a un relevo en la dirección de los asuntos del país, se asistió a una verdadera “nacionalización” de sus estructuras dirigentes, sin cotos ni compartimentos cerrados de ningún tipo. La implicación auténticamente espectacular y arrolladora de las gentes del Principado en los negocios económicos, políticos y culturales de las “Indias” así lo confirmó, como sencilla muestra que, tras el drama de 11 de setiembre de 1713, era la comunidad española en mayor onda con los aires traídos por la nueva dinastía.

Siendo todo nuevo, semejaba, empero, que se regresaba al punto de partida del arranque de España como gran potencia. Erigido el lema “Las Indias y el comercio” como *leitmotiv* del gran designio reformista de los dirigentes borbónicos, la empresa a cuya materialización tanto contribuyese el capital financiero catalano-aragonés sería, según se sabe, el norte de las aspiraciones de los círculos más dinámicos de la sociedad catalana, en la que los Borbones encontraron los sectores más comprometidos con ella, conforme a sus ancestrales tradiciones mercantiles y empresariales. Proscritas o soterradas las políticas, las culturales se mantuvie-

ron en grado muy notable merced al esfuerzo de la Iglesia autóctona, gracias en buena parte al prestigio adquirido por su clero en el ámbito de la monarquía borbónica, iniciando un camino que habría de conducirla en poco tiempo a alzarse con la capitánía indiscutible, en el terreno intelectual —y a los ojos de la opinión pública católica más ilustrada—, del estamento eclesiástico nacional durante los doscientos cincuenta años posteriores. A esta luz, el episcopado catalán o, por mejor decir, los obispos —Climent y Armanya en puestos de cabeza—, curas y monjes de la región contribuyeron —en la decisiva parcela del Principado— a mantener la visión y vivencia pluralistas en un régimen que había hecho del centralismo su principal palanca instrumental.

La América de las “Luces” fue el crisol de mayor volumen de la identidad española moldeada en el setecientos. En ella y cara a ella los habitantes de la Península y sus dos Archipiélagos —uno y otro, pero sobre todo el canario, ya con peso propio, y muy grande— poseyeron, a través de mil y variadas experiencias, un sentimiento de pertenencia patria de cohesión más cordial que administrativa, más íntima que formal, más vocativa que jurídica, más impregnado por lo general y unitario que por lo particular y específico. Basada en él más que a la luz de empeños políticos alentados desde el poder, se comprende la campaña unificadora acometida por la *intelligentzia* de la época de fomentar a toda costa los elementos comunes. Oriundo, conforme se recordará, gran número de sus componentes del solar catalano-aragonés-valenciano —Antoni María Capmany i Montpalau, José Sempere y Guarinos, Cavanilles, et., etc.—, resulta imposible, en la constatación del importante fenómeno, desprenderse de la idea de que dicha cruzada unitaria fuese efecto de un anhelo nacional sofocado en la gran crisis finisecular y resurgido roborante a la primera oportunidad ocasionada por los acontecimientos.

Con excepción del fundador de la dinastía en su versión hispana y —más parcialmente— del primogénito de su segundo matrimonio, ninguno de los reyes borbónicos hasta Fernando VII —y éste, menos que cualquier otro monarca europeo contemporáneo...— mostró inclinación por el oficio de Marte. No obstante, fue quizá, conforme se sabe, el Ejército el principal instrumento fundente y cohesionador de la identidad nacional en el periodo dieciochesco. Pese a su estructura aún nobiliaria, ineficaz y corrupta en no escaso número de campos y etapas, la cualificación de parte de sus cuadros y su digno comportamiento en las incesantes guerras en que, del principio al término de la centuria desiderativamente pacífica por excelencia, participaron las armas españolas, concedieron a éstas el papel antedicho; sin que ello nos lleve al olvido del concurso en él de la Armada, de conformación y eficacia en sus mandos y marinería todavía más destacadas. En alta proporción, los integrantes de todos los niveles de la diligente burocracia borbónica pasaron parte estimable de sus biografías en las filas de unas fuerzas armadas que sólo en muy contadas ocasiones —Menorca, pérdida momentánea de La Habana, fracaso ante Gibraltar y Argel...— conocieron la derrota antes de los reve-

ses de la guerra contra la Convención y tuvieron clara conciencia de sus exigencias al desarrollo del país, siendo pieza mayor dentro del reformismo ilustrado, con cuyas metas e ideales comulgaron sin sombra alguna de reserva o inhibición. En las postrimerías precisamente del reinado de Carlos III, “El Reformador”, los símbolos más socializados y popularizados de la identidad patria, la bandera y el himno, recibieron carta de naturaleza, suscitando de inmediato —en particular, la primera— un culto popular y generalizado.

Sin duda constatar que en esta gran tarea nacionalizadora, los letrados y hombres de toga tuvieran una participación muy sobresaliente patentiza su autocracia y carácter hondamente ancestral. Un pueblo de guerreros y cultura y hábitos penetrados por el talante belicoso encontró en su todavía más profundo instinto y deseo justicieros uno de sus rasgos medularmente definidores, a manera acaso de antídoto, complemento o contraste. Asimismo, el que espíritus tan cultivados y diamantinos como los de Forner, Jovellanos o Meléndez Valdés, descollantes representantes de la Magistratura, figuraron como gentes del Derecho en el pelotón de la vanguardia extra-gubernamental —la estaba en el cúpula ministerial del segundo fue tan fugaz como frustrante, según es ocioso recordar—, resulta, entre otras, prueba concluyente de que ni el carácter ni los objetivos del proceso reformista y, por extensión, el de la construcción nacional se exclusivizaron o se residenciaron en el elemento castrense, sin ninguna autonomía o privilegio por la Corona, aun en el mismo reinado de Carlos IV. El conde Aranda, el capitán general Pedro de Abarca y Bolea, soldado *per naturam*, vocación y oficio, tal vez fuese —y así es visualizado muchas veces por parte de la historiografía especializada— el arquetipo del reformismo setecentista. Pero su coterráneo Francisco de Goya y Lucientes a quien pintó como figura representativa del movimiento regenerador fue a D. Gaspar Melchor de Jovellanos, estimado así también por los miembros más significativos de la generación de 1808: Quintana, Blanco White, Toreno, Argüelles... Y, finalmente, Trafalgar fue interiorizada durante décadas por el pueblo español no como una aplastante derrota militar, sino como el naufragio de un largo e ilusionado empeño nacional, según notariara la pluma del Galdós de los *Episodios*.

“La hora navarra del siglo XVIII”, conforme lo clasificara el estudioso quiza de más abastados saberes historiográficos de la segunda mitad del novecientos —D. Julio Caro Baroja—, el fuerte impacto de la fachada cantábrica, el espectacular despegue extremeño, el canto del cisne de Andalucía... son todos ellos indicadores asaz expresivos del éxito de un Estado-nación con estatuto imperial en vertebrar una realidad histórica y socialmente plural en una empresa palintocrática, que devolvió al país a los dos o tres primeros lugares en el *ranking* del poder mundial y acabó por modelar la identidad nacional. Un investigador coetáneo del referido autor de *Las brujas y su mundo*, igualmente de conocimientos enciclopédicos en el campo de Clío y sus vecindades, Carmelo Viñas Mey, escribió en el prólogo de la primera edición de un libro capital en la evolución de nuestra historiografía,

la tesis doctoral de Domínguez Ortiz por él dirigida, que “el nacimiento de España” fue “la más excelsa criatura” de los hombres y mujeres del siglo XVIII. Como él mismo estaba advertido, no era en realidad así. Un pueblo como el español había hecho ya muchas, casi incontables jornadas por los caminos de la historia, fraguando al paso de los días una identidad plural, de un enorme poder asimilador y capacidad integradora, a prueba, llegado el setecientos, de envites y desgarros. Pero sí estaba en lo cierto el catedrático madrileño al considerar que la centuria borbónica había sido aquella en la que el sentimiento de pertenencia a una patria común fue una experiencia vital y una idea en perfecta armonía, con imbricación hasta entonces acaso desconocida. Frente a los que lo acusan —no sólo Ortega; sedicentes especialistas lo hacen hoy día también— de ausencia o negligente en el cumplimiento de sus deberes, aquella centuria “apacible”, como la adjetivase alguien cuyo nacimiento, en verdad, se retrasó, D. Juan Varela, imprimió indeleblemente a la historia española un tono de normalidad, de europeísmo del mejor linaje, de satisfacción contenida que la vacunó contra angustias existenciales y pesquisas detectivescas, a la husma de teratologías y deformaciones de corte, a las veces, inhumano. Cuando en los tiempos por venir, una legión de espíritus andariegos e inmaduros se adentrasen por laberintos de egotismo y mitomanía en búsqueda de una personalidad grandemente alterada, se darían una y otra vez de bruces con la herencia de normalización a tope y serena reafirmación legada por un siglo que tuvo como dioses mayores la concordia y el equilibrio.

Muy probablemente, el lector que siga, de acuerdo con las pautas cronológicas habituales, el curso de la historia se resistirá a dar su visto bueno a las tesis de ruptura mantenidas hodierno a bombo y platillo por no pocos estudiosos de las Cortes de Cádiz y los orígenes del liberalismo. Pese al terremoto, al tsunami, en lenguaje periodístico tan al uso por los autores mediáticos, que implicara la guerra de la Independencia en facetas primordiales de la existencia nacional, el tejido de su ser histórico no llegó a rasgarse irrecuperablemente en ninguna de sus porciones vitales. Los cambios y mudanzas de un periodo ciertamente eversivo en algunos planos no alcanzaron la magnitud requerida para una mutación genésica de la personalidad y carácter del pueblo español. Incursionados por una sola vez por los atractivos terrenos de la llamada historia virtual, se dirá en los presentes renglones que, de no haberse producido ni la guerra ni la Constitución de 1812, la evolución española hacia un régimen constitucional estaba inscrita en la naturaleza de los acontecimientos. Seguramente con rezagos y renuencia del lado de los estamentos privilegiados —como, por lo demás, en todos los países de nuestro entorno—, más o más temprano se habría abocado a una situación de sesgo liberal.

Pero, al margen —y con drasticidad— de cualquier pirueta o juego futuristas, es lo cierto que la España ilustrada es el pórtico y la antesala obligada del edificio erigido por los hombres de Cádiz. La razón asistía a los diputados progresistas —el lance concreto, según se sabe, tuvo como protagonista a Ramón María

de Calatrava, miembro conspicuo de la falange más aguerrida del grupo— al afirmar que todas sus propuestas se hallaban refrendadas por el ayer —remoto o próximo— del país. Los doceañistas alineados en tal corriente podían tener —y tuvieron— audacia para dar vida a sus miras innovadoras; pero ni la relación de fuerzas dentro y fuera de la Asamblea gaditana y aun menos en el seno de la España fernandina así como tampoco el verdadero estado del país les permitieron imponer —en el caso de que hubiesen albergado tal propósito, para lo que no faltan indicios...— un programa genuinamente revolucionario, en radical ruptura con lo precedente. Ni España, ni su identidad ni su personalidad mecieron su cuna en la hechizadora ciudad de Hércules, imbuida de Historia como ninguna otra de las hispanoamericanas... “La España de los ciudadanos”, la plasmación de una nación de españoles libres e iguales ante la ley, sería así, desde todo periscopio con la que se le contemple —menos, claro, el de la mistificación—, un capítulo más, abrillantado y reconfortante, en el recorrido de un pueblo con loable voluntad de continuarlo, sin las deturpaciones y triunfalismos adánicos instalados a menudo en el palacio de los príncipes de la política y “los medios”, auxiliados en su tarea por nutridas cohortes de antiguos servidores de Clío que hacen de la menos complaciente de las Musas un producto *prêt à porter*. Ella enseña a todo el que se le aproxima con buena voluntad que el gozoso y vivificador patriotismo cívico usufructuado por las generaciones actuales contiene raíces muy remotas en una colectividad de aportaciones, en otro tiempo sustantivas, al quehacer de la humanidad.

Bien que desde las borrascas del presente se haga en extremo dificultoso visualizarlo, hubo un tiempo en la España del ciclo histórico en el que aún nos desenvolvemos, en que los acuerdos entre fuerzas políticas de distinto signo eran posibles. Fue en los orígenes del consolidamiento del sistema constitucional. Con los escombros del Antiguo Régimen a la vista, es decir, a la conclusión de la primera —y excruciante— guerra carlista, los prohombres de las dos grandes fuerzas del régimen —Cortina, Olózaga, San Miguel, Martínez de la Rosa, Francisco Javier Istúriz, Pedro José Pidal, Alcalá Galiano...— suscribieron el pacto tácito que hizo posible la institucionalización de un mínimo consenso no sólo sobre los pilares del sistema político —ya establecidos con cierta fragmentariedad—, sino muy principalmente acerca del pensamiento que informaría el patriotismo y el sentimiento identitario del “Nuevo Régimen”. No obstante la rigidez del credo de progresistas y moderados, de sus mutuas y frecuentes anatematizaciones, la firma de este pacto, tan real en la práctica como huidizo y feérico en su establecimiento jurídico, fue fácil. Las diferencias eran —aquí— escasas, el entusiasmo —también en este punto, capital, desde luego—, contagioso y la coyuntura, insoslayable. En una Europa progresiva e irrefrenablemente artillada con el nacionalismo más agresivo, constituía cuestión de vida o muerte el abroquelarse con algún sucedáneo por bajo perfil que revistiera.

Encetada la tarea en dichas fechas, no tardó en concluirse por las facilidades del terreno y las prisas por recuperar el tiempo perdido en la agonía intermina-

ble del Antiguo Régimen. Catolicismo y liberalismo fundieron sus aguas de un mismo origen y naturaleza —la dignidad del ser humano y la igualdad de sus deberes y derechos— para nutrir con exclusividad el proceso de construcción nacional en uno de sus tramos más cruciales. Antes, lo habían hecho ya en los momentos culminantes del pasado español: el descubrimiento y colonización de América —tardó, y mucho, en aceptarse, y asimilarse, la emancipación del Nuevo Mundo por el pueblo y los gobiernos españoles— y el alzamiento contra el despotismo napoleónico, punto de partida para Europa y España de una nueva y prometedor edad. Tales eran, a la mirada de los constructores del Estado contemporáneo español, las señas de identidad más fuertes y características de su historia, a las cuales tendrían que atenerse, como prenda segura de bienandanza individual y colectiva, para su protagonismo en una época que asistía a la plenitud del poder hegemónico de una Europa motorizada por un nacionalismo de bases y expresión bien diferentes.

El ideario nacionalista así concebido para consumo generalizado por parte de una población todavía altamente analfabeta estuvo pronto presto para su socialización. En su largo control de los resortes del poder, los moderados de la década 1843-54 lo inyectaron con fuerza en el sistema circulatorio de los distintos grados docentes, con éxito quizá tan imprevisible como rotundo. Y, en sus premisas básicas, siguió vigente hasta la crisis finisecular y, cabe decir con alguna propiedad, hasta las fronteras mismas de nuestro tiempo. Naturalmente, éste “para —garcilasiamente— no hacer mudanza en su cuidado” modifica y cambia cualquier idea y manifestación social. Los contornos imantadotes, y acemados de toda arista del nacionalismo isabelino, del Sexenio democrático —oh manes castelarininos— y de la primera etapa de la Restauración alfonsina se trocaron en más adustos y menos armónicos con la aparición de sus competidores periféricos. Después del trauma del 98, el fundamentalismo religioso, orillado en la equilibrada arquitectura de los años fundacionales, rivalizó con el castellanista por el dominio de la versión más actualizada del nacionalismo hispano. No se introducían nuevos elementos en su implementación, pero se efectuaban significativas alteraciones en su manifestación. La religión, piedra, en definitiva, angular del primitivo edificio, dejaba paso ahora, sin antinomia, al patriotismo cívico-militar como pieza clave de toda la arquitectura nacionalista. Ganivet, Costa, Giner, Lerroux y el general Primo de Rivera se hallaron, pese a sus contradicciones, a gusto en él. Centralista y con un toque de modernidad y futurismo, en sus aguas navegaron durante la II República *El Sol* y *El Debate*. Y en la segunda dictadura castrense del novecientos, tan sólo invertida la primacía de sus conceptos axiales, Franco y D. Ramón Menéndez Pidal se reconocieron en él.

La pulsión de extrañeza que fenómeno tan singular suscita en su espectador acrecienta irremisiblemente el deseo de indagar sus causas. Su mestizaje, su labilidad, más bien, presente en todas sus manifestaciones traducen la pluralidad e hibridismo ínsitos en su núcleo último. Esa maleabilidad no ha de confundirse,

empero, con delicuescencia. Si, a tono con una tesis historiográfica de muy amplia aceptación hodiernamente, en la etapa contemporánea el soporte material de la ideología nacionalista, el Estado, “no cumplió con sus deberes”, no fue, desde luego, por la infirmitad de aquélla. Opuestamente a la referida opinión, una y otro se mostraron operativos en la difícil coyuntura del país occidental menos favorable en dicho periodo a la acción eficaz y desinhibida de ambos. Dificultad que únicamente el vetetismo o el terrorismo intelectual practicado por algunos sobresalientes cultivadores de las ciencias sociales puede atribuir al desfase y mala voluntad de una Iglesia cuya evidente crisis cultural a lo largo de toda esa fase cronológica le impedía, conforme hemos glosado *in extenso* en otras páginas, implementar cualquier obstaculizador programa o bloqueo de un relativo alcance.

Como se ha observado *ad satietatem* en el transcurso del presente estudio, el nacionalismo español fue siempre un producto cultural asaz complejo y rico y, por tanto, de manejo muy delicado. Los teorizadores de su versión canónica contemporánea así lo comprendieron, y su fórmula resultó por medio siglo todo un éxito. La irrupción en la escena del cruce del XIX al XX de los pujantes movimientos catalanista y aranista obliteró la porción esencial de la dinámica de un nacionalismo denominado ya por sus adversarios “españolista”, obligándole a una refundición si deseaba subsistir en una Europa en la que las tensiones identitarias iban a desembocar, en corto y por derecho, en la primera de sus hecatombes contemporáneas. Sin embargo, en este replanteamiento, por lo demás sin fuerza creativa ni innovadora por lo que cabría llamarlo de modo más exacto reajuste o relocalización de piezas, faltó grandemente el sentido del matiz y de la apertura que distinguiese el taraceado trabajo de los próceres del liberalismo inicial. Los apologetas del quehacer de sus sucesores en esta segunda visión del nacionalismo español aducen, en descargo de su talante pugnaz y agresivo, que éste vino dictado por la réplica al espíritu fustigador e iconoclasta de sus antagonistas. Lejos estas ligeras acotaciones de cualquier posición arbitral o de la omnisciencia de los autores de narraciones y novelas —así, justamente, se intituló o clasificó no ha mucho uno de los libros más documentado y, no obstante, más discutibles consagrados al tema que nos ocupa: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español* (Madrid, 1999), de Javier Varela—, cabe en este punto afirmar que, cuando menos, la *finezza* se ausentó a las veces de la elaboración doctrinal del discurso prevalente en el nacionalismo español de la centuria anterior. La pérdida de peso de su componente religioso a consecuencia de la extensión del proceso secularizador y la consiguiente superactuación del factor laico no entrañaron, empero, el predominio en expresión de la sociedad civil, ya que fue el Ejército —y, más aun si cabe, la endogámica Armada— el que cobró, sin particular dificultad, singular fuerza y protagonismo a la hora de liderar el nacionalismo “españolista”. El más llamativo de los efectos del fenómeno fue, sin duda, la vasta y profunda socialización del credo nacionalista, a socaire de la introducción del servicio obligatorio y de la formación elemental, pero de enorme poder en la modulación de la mentalidad de

las masas, impartida en los cuarteles, el lugar más conocido por la población masculina de la España del novecientos.

Mas, como acaba de recordarse, no corresponde en forma alguna a nuestra atrevida excursión por tema tan indefinido y magmático —y, por contera, acumulador de nubes y enigmas en su, por ahora, tramo final— sostener tesis de cierta consistencia ideológica en torno a su expresión actual. El empeño acometido se ha reducido a describir la anatomía de un hecho por esencia histórico, sin ambición alguna apodíctica. No obstante, si tras haber llevado a cabo muy apresurada y deformadoramente la tarea, se impusiese un mínimo enunciado “conclusivo”, éste no podría ser, quizá, más que uno.

El nacionalismo hispano no pasó de ser una ideología de urgencia para sostener la convivencia social y el despliegue de la acción del Estado en todas sus manifestaciones. Desaparecido el Antiguo Régimen con su plurisecular simbología e instituciones y en el contexto occidental de un retorno a los orígenes como paradójica catapulta hacia el progreso “ilimitado”, el sentimiento de pertenencia e identidad se vehiculó ahora a través de un nacionalismo que, en pos anhelante de consensos para articular un país eminentemente plural, incurrió, también un tanto paradójicamente, en cierto reduccionismo para fomentar un patriotismo de ámbito generalizador. Al diversificarse en todas las dimensiones la colectividad peninsular e insular, se hizo insoslayable la reformulación del originario proyecto de construcción nacional, empresa menos favorecida por la fortuna que su versión primitiva.

Con todo, el nacionalismo hispano ni siquiera tal vez en su explicitación “españolista” más atenuada renunció al sentido del matiz y la mesura, siendo sus protuberancias e hinchazones —nacionalcatolicismo, integristas varios, desaforado *esprit de repartie*— secuelas sin verdadera entidad ni savia fecundante, como la historia demostrase empecinadamente.

De ahí, por consiguiente, que su corpus doctrinal pueda ser todavía de utilidad como légamo y estructura básica de un patriotismo que conjugue constitucionalismo y derechos históricos, tradición y vanguardia.

ADVERTENCIA BIBLIOGRAFICA

Conocida de sus escasos lectores la propensión del autor —fidelidad a la herencia “positivista” de sus muchos y excelentes maestros, en su versión más indulgente— a un aparato bibliográfico tan minucioso como sin duda casi siempre excesivo, la naturaleza de este trabajo le ha aconsejado su eliminación. Quien desee

adentrarse con mayor detenimiento en el análisis de la temática presente puede consultar algunos de sus estudios, primordialmente: *Estudios de historia política contemporánea*, Madrid, 1999; *Ocho claves de la Historia española contemporánea*, Madrid, 2ª ed., 2004; *Nacionalismo, franquismo y nacionalcatolicismo*. Madrid, 2008, así como la obra aún inédita *La España de un historiador*.